

## LO ABYECTO Y LO ESCINDIDO. ELEMENTOS PARA PENSAR LAS RELACIONES DE GÉNERO DESDE LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

*The Abject and the Splitted. Elements to Approach the Gender Oppression from the Critique of Political Economy\**

Cristina CATALINA GALLEGO  
Universidad Complutense de Madrid  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4661-6906>

Recibido: 20 de junio de 2023  
Aceptado: 10 de julio de 2023

### RESUMEN

Este artículo examina cuestiones y desarrollos de la Crítica de la Economía Política de Marx que permiten abordar las relaciones de género en el capitalismo. Para ello, se analizan la especificidad de la dominación capitalista, los límites de la crítica de Marx para abordar cuestiones de género y su potencial desarrollo a partir de la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y de la totalidad social. Siguiendo esta línea, se exponen críticamente los desarrollos de la crítica de Marx que han llevado a cabo el colectivo Endnotes y R. Scholz para analizar la relación interna entre género y capital. Estas propuestas plantean la existencia de un *otro* del valor vinculado material y simbólicamente a las categorías «mujer» y «feminidad». Se trata, en última instancia, de pensar la especificidad de la opresión de género en el capitalismo y la forma que adopta en la actualidad.

\*. Este artículo se ha escrito en el marco de los siguientes proyectos I+D+i Plan Nacional: (1) «La contemporaneidad clásica y su dislocación: de Weber a Foucault» (PID2020-113413RB-C31). IPs: J.L. Villacañas y R. Castro. 2021-2025. (2) «Constelaciones del autoritarismo: Memoria y actualidad de una amenaza a la democracia en una perspectiva filosófica e interdisciplinar» (PID2019-104617GB-I00) IPs: J. A. Zamora y R. Mate. 2020/2023.

*Palabras clave:* Marxismo; Feminismo; Crítica de la Economía Política; Patriarcado; Relaciones de género; Capitalismo; Reproducción Social: R. Scholz; Crítica de la escisión del valor; Endnotes.

## ABSTRACT

This article examines issues and developments in Marx's Critique of Political Economy in order to approach the problem of gender in capitalism. To this end, it analyses the specificity of capitalist domination, the limits of Marx's critique to address gender issues and its potential development from the relationship between the reproduction of labour power and social totality. Along the same lines, the article critically exposes the developments of Marx's critique that Endnotes and R. Scholz have carried out in order to examine the internal relation between gender and capital. These proposals suggest the existence of an *other* of value that is materially and symbolically linked to the categories of woman and femininity. The article ultimately tries to think about the specificity of gender oppression in capitalism and the form it takes today.

*Keywords:* Marxism; Feminism; Critique of Political Economy; Patriarchy; Gender relations; Capitalism; social reproduction; R. Scholz, Value-Dissociation theory; Endnotes.

## 1. INTRODUCCIÓN

La Crítica de la Economía Política (en adelante CEP) de Marx analiza las determinaciones sociales del capital en tanto que valor que tiende a su incremento cuantitativo a través de un proceso de cambio formal –dinero, medios de producción y fuerza de trabajo, bienes o servicios de consumo y dinero–. Lo que subyace a la expresión fenoménica del capital como inversión rentable de dinero es, por tanto, un proceso en el que el valor, como relación de trabajo social abstracto, adopta distintas formas mercantiles. En dicho proceso ha de pasar necesariamente por la forma mercancía fuerza de trabajo, en tanto única susceptible de generar nuevo valor. En el capitalismo los productos del trabajo adoptan así la forma dual de la mercancía: encarnan al mismo tiempo valor de uso –una dimensión concreta– y valor (de cambio) –una dimensión abstracta–. Por sus cualidades sensibles concretas son heterogéneos y satisfacen necesidades y deseos humanos en tanto objetos de consunción. Pero, por otra parte, son portadores de una abstracción efectiva del trabajo

concreto –trabajo abstracto o valor–, que los hace comparables en la mediación mercantil. El valor expresa, de este modo, el gasto psicofísico medio de energía necesario para la producción de una mercancías en unas condiciones de productividad dadas, susceptible de ser conmensurado en tiempo. Este no es para la CEP no es una cualidad intrínseca a cualquier producto del trabajo humano (Brown 2012, 66). Solo existe cuando se constituye como mediador social, los productores individuales separados se relacionan sistemáticamente a través de la mediación del mercado y las mercancías se producen con el fin de rentabilizar una inversión dineraria inicial. La dualidad de la mercancía surge, por lo tanto, del carácter dual del trabajo en condiciones capitalistas: productor al mismo tiempo de valores de uso –trabajo concreto– y de valor –trabajo abstracto– (Marx 2017, 89 ss.).

Así, la mercancía dinero opera como capital productivo cambiando de forma en transacciones mercantiles en la medida en que la fuerza de trabajo produce mercancías por encima de su propio valor –del coste medio de su reproducción– que no le son retribuidas mediante el salario y que constituyen el beneficio del capital. Si el valor de uso de la fuerza de trabajo consiste, por tanto, en el consumo productivo que de ella hace el capitalista –crear nuevo valor–, su valor (de cambio) expresa el coste mercantil de su propia reproducción, que idealmente remunera el salario cuando se cumple el principio de equivalencia mercantil (Marx 2021, 235). El beneficio procede así del trabajo vivo impago. Desde el punto de vista abstracto, el resultado de este proceso es la reproducción ampliada de capital, en tanto que movimiento autotélico de incremento cuantitativo de valor. Que rija la lógica de este proceso significa que la satisfacción de deseos y necesidades humanas resulta primordialmente un medio para la acumulación de capital y no un fin en sí misma (Marx 2021, 134; Scholz 2000, 8) y que las modalidades de producción y distribución de bienes se adecuan a los requisitos de rentabilidad en el marco de la competencia y no son el resultado de una planificación colectiva, autónoma y consciente. El capitalismo es así «una formación social donde el proceso de producción domina al hombre, en vez de dominar el hombre a ese proceso» (Marx 2021, 132-133).

En este sentido, Marx considera que la reproducción ampliada de capital constituye una *legalidad* socio-histórica, puesto que, aunque es producto de los seres humanos, se autonomiza como *ratio*. El capital no requiere de la voluntad y la conciencia de los sujetos para reproducirse de manera ampliada, sino de determinaciones lógico-formales y condiciones de posibilidad socio-históricas. El capital constituye así una totalidad social en la medida en que unas categorías presuponen a otras formando un entramado relacional y procesual, contradictorio y antagónico. De modo que el capital no es reductible

a un mero proceso técnico-económico. Aunque la modernidad haya conllevado la constitución de esferas aparentemente separadas de lo económico, lo político y lo cultural, el capital como racionalidad constituye un modo de socialización complejo que las atraviesa de diversas maneras. La lógica de la valorización afecta a diferentes instituciones, relaciones interpersonales o disposiciones psicosociales de manera directa mediante su subsunción bajo la forma-valor o indirectamente de otros modos. Además, las formas sociales basadas en la forma-valor, que son presupuestos del despliegue exitoso de la valorización, tienen una dimensión concreta cuyas determinaciones no son arbitrarias, como ocurre por ejemplo con el dinero o la fuerza de trabajo. Esto hace que ciertas cualidades de lo concreto-sensible presenten dificultades para ser subsumidas bajo ciertas formas mercancía o bajo cualquiera. Este sería el caso para R. Scholz y Endnotes de algunos elementos que en el capitalismo están asociados con la feminidad y las mujeres, con su consecuente minusvaloración material y simbólica, como se mostrará más adelante.

El intento de inteligir la relación entre género y capital desde posiciones del feminismo marxista ha dado lugar a numerosos debates. Por ejemplo, Arruzza (2016) ha clasificado en tres los posicionamientos sobre la relación entre patriarcado y capital. Por un lado, las teorías de sistemas dobles y triples (Delphy 1970; Hartman 1981; Walb 1990) considerarían que el patriarcado y el capitalismo constituyen cada uno una forma de dominación, socialización y subjetivación diferenciada, aunque entrelazadas históricamente. Delphy (1970) habría incluso llegado a plantear que las amas de casa componen una clase socio-económica más. Por su parte, la teoría unitaria que defiende Arruzza sostiene que no existen diferentes sistemas, sino que el capitalismo implica necesariamente una forma de opresión de género que no se deriva mecánicamente de «las relaciones económicas», pues este no sería solo una categoría lógica separable de su dimensión histórica, ya que requiere de relaciones sociales de carácter contradictorio (Arruzza 2016, 12). Esta postura se opone a la idea, sostenida por Meiksins Wood (1995), de que el capital es indiferente al género, en tanto que las relaciones de género no constituyen una determinación de la valorización en el plano lógico<sup>1</sup>. En esta línea, la opresión de género en el capitalismo se explicaría como reminiscencia de formaciones sociales anteriores, integradas oportunistamente por el capitalismo, aunque no funcionalmente (Bedmar 2021, 106.).

Más allá de esta clasificación, las propuestas de Roswitha Scholz y el colectivo Endnotes plantean un abordaje de la relación entre la opresión de género y el capitalismo a partir del desarrollo de la CEP que trasciende los

1. Para esta cuestión, cfr. Bieler & Morton 2021.

términos de la oposición de la teoría unitaria a la idea de que el capital sea indiferente al género. R. Scholz y Endnotes –este último precisamente por influencia de la primera– consideran que el binario sistema sexo-género y la jerarquía entre feminidad y masculinidad específicas del capitalismo se constituyen en relación dialéctica con la lógica del capital. Se podría decir que no son lógicamente derivables de ella porque la forma-valor es indiferente al género, pero que, al mismo tiempo, el valor requeriría para su reproducción de la existencia de algo «otro» que, denostado y minusvalorado, estaría asociado sistemáticamente con lo femenino. Los elementos vinculados directamente a la lógica de la valorización se regirían por principios viriles y aquello escindido de esta por femeninos.

Siguiendo estas propuestas, este artículo reflexiona sobre algunos elementos de la CEP que permiten pensar la especificidad de la opresión de género en las sociedades capitalistas. Para ello, primero se expondrán la naturaleza de la dominación capitalista, los límites de la crítica de Marx para abordar la relación entre género y capital y sus potenciales líneas de desarrollo. Se seguirán aquí los análisis de H. A Brown, Vogel y Endnotes sobre la relación entre la reproducción de la totalidad social y la de la fuerza de trabajo –que Marx habría dejado sin desarrollar– y que, en cierto modo, recogen cuestiones del debate de los años setenta sobre la reproducción social, pero van más allá de las dicotomías entre trabajo productivo/reproductivo y pago/impago. Posteriormente, se expondrán las propuestas de Scholz y Endnotes sobre las relaciones de género en las sociedades capitalistas. Pese a sus diferencias, ambas parten de la idea de que el valor precisa de la existencia de algo ajeno a él: un otro de la forma-valor o de la esfera directamente mediada por el mercado. Lo escindido habría sido asociado sistemáticamente con las categorías mujer y la feminidad. Estos desarrollos de la CEP, analizan la opresión de género en su especificidad capitalista, pese a que el patriarcado tenga una historia anterior. Lo que no quiere decir que las formas de dominación del sistema sexo-género sean las mismas que las del capital y tampoco que el desarrollo del capital no transforme las propias relaciones de género (Endnotes 2013, 1; Scholz 2000, 8; Bedmar 2021, 107).

## 2. LA ESPECIFICIDAD DE LA DOMINACIÓN CAPITALISTA: INDIVIDUO, CLASE Y GÉNERO

Más allá de sus importantes diferencias, buena parte de las *recientes* interpretaciones de la CEP de Marx han incidido en que el capital implica una forma de dominación impersonal, abstracta y mediada, puesto que tanto su

racionalidad como el antagonismo de clase se *imponen* y reproducen a través de las relaciones del mercado que presuponen la igualdad y la libertad del individuo y no mediante la coerción directa o la convicción consciente (Postone 2006; Heinrich 2018; Kurz 2021; Mau 2023, pero también anteriormente Rubin 1974 o Adorno 2004). La lógica del capital conlleva una forma de heteronomía social general porque coacciona indirectamente a los individuos en la medida en que, para su subsistencia –autoconservación material y reconocimiento social– han de adaptarse a las exigencias de la racionalidad de la inversión y de la competencia mercantil. Han de *integrarse* en la totalidad social para su autoconservación. Mientras rige la lógica del capital, no hay lugar en la totalidad social para la decisión colectiva, autónoma y consensuada sobre la organización del metabolismo social.

No obstante, la lógica de la valorización no condiciona a todos los individuos de la misma manera, pese a que ante el mercado sean formalmente libres e iguales. La reproducción ampliada de capital requiere del cumplimiento de funciones económicas diferentes, que adoptan formas sociales distintas según las propiedades de los sujetos: dinero para invertir, bienes para arrendar y fuerza de trabajo para vender por un salario a falta de cualquier otra posesión. En este sentido, la dominación impersonal, abstracta y mediada del capital, que organiza el metabolismo social general, implica también la existencia de clases sociales antagónicas (Starosta 2016, Bonefeld 2014, Dinerstein 2017). Esta forma *integración social* diferenciada según la clase tiene implicaciones fundamentales en la constitución de la subjetividad y de los sujetos vivos (Adorno 2004). La adaptación a la forma social condiciona, entre otros, los patrones comportamentales o las condiciones existenciales como la seguridad, las expectativas, la formación o la salubridad física y psíquica. Las condiciones sociales concretas de la integración social diferenciada por clase cambian según las condiciones de acumulación de capital: exigencias de formación, condiciones laborales, modalidades de tiempo libre, formas de habitabilidad, capacidad adquisitiva del salario, cantidad y cualidad del salario indirecto, desarrollo científico-técnico, tipos de exclusión social y población sobrante, grado de daño psico-físico en la adaptación social, relaciones entre campo y ciudad o particularidades de la división social del trabajo. Muchas de estas condiciones diferenciales de la integración social en el capitalismo afectan a las relaciones de género y viceversa, como por ejemplo la división sexual del trabajo.

Es precisamente la clase de los desposeídos de medios de vida propios la que está abocada a mayor coacción y penuria en su integración social. Dependiente del salario para su subsistencia, ha de plegarse a las condiciones del mercado laboral y a los condicionantes asimétricos de la relación salarial. Si

bien la mercancía fuerza de trabajo –como la única capaz de generar nuevo valor– constituye una determinación lógica de la reproducción ampliada de capital, en tanto que inseparable de su portador, implica además la existencia de la forma social del trabajador asalariado, del proletariado como clase desposeída (Marx 2021, 226-227). Su génesis se produjo violentamente en la época de la llamada acumulación originaria, en un proceso en el que el campesinado se vio privado del acceso a las tierras que poseía como medios de producción, subsistencia y vida social (Marx 2017, 807). No obstante, la condición de desposesión se reproduce estructuralmente, pese a que históricamente los estándares de vida del trabajador asalariado puedan mejorar o empeorar. Si bien el proletariado resulta históricamente de la expropiación, su condición de desposesión se reproduce estructuralmente y, con ello, la coacción indirecta a vender su fuerza de trabajo: la necesidad de subsistir a través del salario como único medio de vida disponible.

En este sentido, la clase social y la explotación se reproducen en el capitalismo a través de la mediación mercantil y no mediante la dependencia personal y abierta. De modo que las clases sociales en las sociedades capitalistas no son producto de relaciones de dominación directa e inmediata, como sí lo fueron durante la época medieval (Hilton 1988, 26). Por el contrario, se reproducen por medio de las formas mercantiles que cumplen una función económica en el proceso de acumulación del capital. La pertenencia al proletariado es así efecto de la necesidad, por desposesión, de subsistir mediante el salario o el subsidio. Esta forma de dominación y subjetivación de clase específicamente capitalista no tiene los mismos fundamentos que la de la opresión de género que, hasta aquí, no es una determinación del capital.

Desde el punto de vista de la clase, el individuo se integra en formas sociales según sus propiedades o desposesiones. Y, con ello, ha de adaptarse también a las exigencias concretas de dicha forma, que varían históricamente según los cambios en el mercado y desempeño laboral, las regulaciones estatales, el desarrollo científico-técnico, los cambios en los patrones de consumo y ocio, etc. Por lo tanto, los modos de subjetivación en el capitalismo están condicionados de manera general por la clase social, pero también por las especificidades históricas que demanda el cumplimiento concreto de la función económica. Además, inciden en la subjetividad otras instancias no directamente mediadas por la lógica del mercado, pero que son asimismo capitalistas en tanto que participan de la reproducción de la totalidad social, tales como el Estado, la familia o las relaciones personales, las formas de consumo individual o las reminiscencias de vínculos sociales no capitalistas. Así, el hecho de que los modos de subjetivación se diferencien en las sociedades capitalistas en sus elementos básicos por clase social no quiere decir que esta

sea el único factor que condicione el comportamiento de los individuos. La posición del individuo en la división social del trabajo –sectores productivos, tipos de profesiones o condiciones laborales– o en las diferentes esferas de la totalidad social capitalista –mercantil, estatal o personal– afecta a sus disposiciones psíquicas y político-ideológicas y, viceversa, estas afectan de manera diferente al sujeto según su posición (Vogel 1979; Endnotes 2013). En este sentido, las relaciones de género han constituido hasta ahora un factor fundamental de integración y subjetivación individual diferenciada en el marco de la totalidad social capitalista. Ciertamente, los roles y la asimetría de género se recrean y transforman en la socialización mediante la interiorización de comportamientos que atraviesan las diferentes esferas o los distintos niveles de mediación de la lógica del capital, sin que por ello tengamos que hablar de la existencia del patriarcado como un sistema con lógica propia (Bedmar 2021, 109). A este nivel de análisis, si bien se podría señalar que la opresión de género moderna es intrínsecamente capitalista, al mismo tiempo, el capitalismo no tendría por qué ser incompatible con su abolición, incluyendo la división sexual del trabajo (Bedmar 2021, 111). Si bien se podría describir cómo las relaciones de género pueden afectar la integración individual en la sociedad capitalista, no ocurre lo mismo con la teorización de su posible relación interna con la acumulación de capital.

Hasta aquí, la CEP señala que el supuesto sujeto de intercambio formalmente libre e igual pertenece a una clase, pero no dice nada sobre su condición de género. Si bien la clase constituye una condición necesaria del capital, no parece ocurrir lo mismo con el género. Este, en principio, no es contemplado en la crítica de Marx como una determinación de la reproducción ampliada del capital, como tampoco lo sería la familia (Farris 2015, 3). En este sentido, las categorías del movimiento del capital serían sexualmente neutras, pues en ellas el sujeto solo se perfila como individuo aislado –cuyas relaciones sociales están mediadas por el mercado– y como perteneciente a una clase social –cuyas relaciones son antagónicas–. El nivel de abstracción en que Marx analiza el capitalismo como modo de producción histórico hace que su teoría sea ciega al sexo-género –*sex-blinded*– (Creighton 1985, 191). Lo que no quiere decir, tal y como el propio Marx (2021, 473) identificó ya en su época, que las relaciones de género no sean factores importantes en el modo en que los individuos se integran diferencialmente en el marco de la sociabilidad y la competencia capitalista.

Con todo, el desafío actual consiste, sin embargo, en explicar la fuerte persistencia de la opresión de género en el capitalismo, en diferentes formas y ámbitos, siempre en favor de la masculinidad y los hombres: violencia física y simbólica hacia las mujeres, discriminación de estas en el mercado y

desempeño laboral, agresiones sexuales, doble carga de tareas en el trabajo y el hogar, etc. Este desafío es al que tratan de responder Endnotes o Scholz, intentando identificar una relación interna entre la totalidad capitalista y las relaciones de género, que vaya más allá de la idea de que estas son una reminiscencia histórica integrada de manera oportunista para la acumulación de capital.

Hay un aspecto fundamental en la CEP que abre la posibilidad de plantear algunas posibles respuestas. El capital, entendido como una racionalidad abstracta de acumulación de capital, requiere para su despliegue también de la dimensión concreta de las mercancías, cuyas cualidades no pueden ser arbitrarias. Esto ocurre con las materias primas, los medios de producción, los bienes de consumo o –más fundamental para la cuestión del género– la fuerza de trabajo, puesto que esta es inseparable de la concreción psicofísica de sus portadores. Las cualidades psicofísicas del sujeto vivo, tanto las biológicas como las sociales, son fundamentales en la constitución del individuo como portador de mercancías. Entre ellas se incluye su posición en relaciones de género o raciales, su papel en la división social del trabajo o su inclusión o no en la condición de ciudadanía. Aunque Marx no analizara sistemáticamente esta cuestión, el desarrollo de la CEP podría hacerlo, pues esta no solo atiende a lógica de la reproducción de capital, sino también a la dimensión concreta de las formas sociales, que no es meramente arbitraria. En este sentido, la reproducción de las clases sociales y, específicamente, la reproducción de la familia proletaria no ha sido indiferente al sexo-género (Creighton 1985, 191). Las actividades reproductivas<sup>2</sup> han estado asociadas tendencialmente a la femineidad y a las mujeres, así como la incorporación de estas al mercado laboral se ha dado en condiciones más precarias.

### 3. PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN Y GÉNERO EN LA TOTALIDAD SOCIAL CAPITALISTA

La cuestión de género se podría abordar desde la CEP desarrollando la relación entre las condiciones de reproducción del capital, la totalidad social

2. Se hablará de *actividades reproductivas* para referir a tareas necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo y de la población en general en el capitalismo, más allá de los grupos sociales o los ámbitos en los que se desarrollen, y no por ninguna cualidad considerada esencial. En estas actividades se incluyen el cuidado, la crianza, la limpieza, la higiene, la preparación de alimentos, la formación, la gestación o el afecto.

capitalista y la fuerza de trabajo<sup>3</sup> (Endnotes 2013, 1; Brown 2012, 70; Vogel 1979). Se trata por lo tanto de ampliar la crítica de Marx en un terreno en el que quedó incompleta: la reproducción de la vida, específicamente de los portadores de la fuerza de trabajo –que históricamente habrían llevado a cabo mujeres en el espacio doméstico– (Brown 2012, 70-74). La reproducción ampliada de capital requiere de la reproducción de la fuerza de trabajo actual y futura en unas condiciones concretas (Brown 2012, 71; Marx 2021, 230-231). El capital no solo requiere, por tanto, de la producción de mercancías preñadas de valor, sino también de trabajo asalariado disponible, de población con un grado de destreza y salud suficiente (Creighton 1985, 191). Requiere, en última instancia, de la reproducción de las clases sociales, de la reproducción social total (Vogel 1979; Farris 2015, 3)<sup>4</sup>. Así, la lógica de la acumulación de capital condiciona la reproducción de la población en su conjunto, tal y como señaló Marx (2021, 719 y ss.). Las tendencias a la concentración de capital, la producción a gran escala o los incrementos en la productividad generan una suerte de sobrepoblación –latente, estancada o flotante– (Marx 2021, 731). Esta ha estado compuesta también por mujeres, además de niños, migrantes, esclavos, campesinos o siervos, que han funcionado en ocasiones como ejército de reserva de fuerza de trabajo, in-

3. La reproducción de la fuerza de trabajo ha significado en la historia del capitalismo la reproducción de la familia proletaria, albergando además en su marco sujetos que han funcionado como ejército de reserva, mujeres y niños. En este sentido, la familia proletaria ha sido la encargada principalmente de reproducir la fuerza de trabajo actual y futura (Vogel 1979, 25; Farris 2015, 3-4).

4. «El concepto de producción social hace referencia a todo el proceso de reproducción de las condiciones sociales de la producción, incluidos los procesos de intercambio y consumo así como los de producción inmediata. (...) El mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo es indispensable para la reproducción social, sin embargo en cierto modo, se desarrolla, al margen de la producción social. A las mujeres de las clases subordinadas les ha correspondido históricamente el peso principal de la responsabilidad de las actividades que aseguran el mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo. (...) La actividad al margen de la producción social tiene necesariamente ciertas implicaciones para los agentes implicados. Por ejemplo, el modo capitalista de producción obliga a establecer una rigurosa separación, a nivel económico, entre la mayor parte de los aspectos de la producción social y lo que Marx denominó el consumo individual, dentro del cual se incluyen los procesos materiales del trabajo doméstico no remunerado. En una formación social capitalista dada, los individuos que se encuentran total o parcialmente marginados con respecto a la producción social, a causa de su participación en aquellos procesos, ocupan un lugar específico dentro de la división social del trabajo, con unos efectos políticos, ideológicos y psicológicos concretos» (Vogel 1979, 25-26)

gresando en la lógica competitiva del mercado laboral tensando salarios a la baja en detrimento a veces de la solidaridad de clase (Farris 2015, 3-5). Como ejército de reserva, las mujeres han subsistido el seno de la familia proletaria mediante el salario familiar (Creighton 1985, 186-187) y en la actualidad lo hacen a menudo mujeres migrantes realizando trabajo informal doméstico y de cuidados para las familias pudientes del centro capitalista (Farris 2015). La desventaja en términos de género en el mercado laboral se ha explicado por la vinculación socio-histórica de las mujeres con la gestación y la crianza (Brown 2012, 70; Endnotes 2013, 12) y/o por su peor cualificación para el trabajo productivo al haber sido relegadas a actividades reproductivas domésticas (Bedmar 2021, 11).

La reproducción ampliada de capital requiere, por tanto, no solo de procesos productivos, sino también de la reproducción de fuerza de trabajo en condiciones particulares, cuyo valor contiene el de los medios de subsistencia del trabajador y su descendencia. Esta trasciende así el ámbito empresarial, alcanzando también la llamada esfera privada –íntima, personal o familiar– (Brown 2012, 73) y la público-estatal –en la forma de prestaciones o salario indirecto–. A este respecto, la crítica de Marx no contrapone una esfera de producción de mercancías como propiamente capitalista a otra esfera que se ocuparía esencialmente de la reproducción de la especie en un sentido biológico o social. Más bien, señala que el proceso de producción contiene ya el de su reproducción, dentro del cuál se integra la reproducción de los portadores de la mercancías fuerza de trabajo. Tal y como señala Marx (2021, 655):

considerada desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al propio tiempo *proceso de reproducción*. (...) Si la producción reviste una forma capitalista, no menos la reproducción.

Ambos procesos están enmarcados en la totalidad social capitalista (Brown 2012, 74-78), en una relación dialéctica y contradictoria. Desde el punto de vista del capital, el proceso de reproducción de la fuerza trabajo aparece solo como un medio para el proceso de valorización, como una condición de su reproducción ampliada, pero esto no es así desde el punto de vista de los portadores de fuerza de trabajo (Brown 2012, 75-76). Que Marx no se ocupara de analizar sistemáticamente los procesos de reproducción de los portadores de mercancías, que en su momento realizaban las mujeres en el ámbito doméstico, no implica que el desarrollo de la CEP haya de ser androcéntrico, tal y como parecen señalar algunas teorías duales (Jaggar 1983, Hartmann 1981). La diferenciación rígida entre una esfera productiva capitalista y otra

reproductiva contiene además el peligro de proyectar el patriarcado a cualquier momento histórico sin considerar su especificidad (Creighton 1985, 190-191; Endnotes 2012, 1). Asimismo, tampoco es apropiado imputar a la CEP que obvia la dimensión *productiva* del *trabajo reproductivo* de las mujeres, como hicieron algunas posturas del debate sobre el salario doméstico (Dalla Costa 2009, Seccombe 1975), que sostenían que las actividades domésticas producían beneficios para el capital directa o indirectamente (Brown 2012, 66 y 67). Esto se debe a una incompreensión del concepto de trabajo productivo en Marx, que no tenía pretensiones de ser normativo, ni de excusar la injusticia u obviar la importancia de actividades que no estuvieran sometidas a la relación de explotación. El trabajo productivo, de manera general, es aquel que se inscribe formalmente en una relación de capital-trabajo (Brown 2012, 76-82). Esto hace que los términos en los que se plantearon los debates sobre el salario doméstico en los años sesenta y ochenta del siglo pasado resulten inadecuados para abordar la cuestión del género desde la CEP (Vogel 1979, 2-6; Creighton 1985, 184-185; Scholz 2018, 867). Lo mismo podría decirse de los posicionamientos que separan abstractamente una esfera productiva económica de otra reproductiva (Brown 2012, 68; Vogel 1979, 17).

En este sentido, parte del feminismo marxista habría reducido en ocasiones la reproducción de la fuerza de trabajo a las actividades femeninas en el espacio doméstico, sin atender al marco de reproducción de la totalidad social y a sus transformaciones históricas, las cuales revelan que también en el ámbito estatal y el mercantil se han realizado actividades reproductivas (Endnotes 2013, 1; Dinerstein 2017, 35)<sup>5</sup>. Asumiendo que en los análisis de Marx existe un punto ciego en la relación entre la reproducción de la totalidad capitalista y la de la fuerza de trabajo, el colectivo Endnotes (2013) distingue entre una *esfera directamente mediada por el mercado* (DMM en adelante) y otra *esfera indirectamente mediada por el mercado* (IMM en adelante). Esta distinción permitiría –junto con otras consideraciones sobre las dicotomías trabajo asalariado/no asalariado y público/privado– desarrollar la CEP para abordar el binario sistema sexo-género y la opresión de género específicos del capitalismo.

5. Además, las mujeres han entrado y salido del mercado laboral, aunque su incorporación ha sido tendencialmente en peores condiciones laborales y salariales. Ya Marx (2021, 472-487) señaló en su momento que la maquinaria, más allá de reducir el tiempo de trabajo, permitía paradójicamente aumentar la jornada laboral ocasionando la incorporación de toda la familia proletaria al ámbito del trabajo fabril –mujeres e hijos en condiciones todavía más deplorables– y, con ello, transformando las relaciones de género (Brown 2012, 81-82).

La esfera DMM es aquella en la que el trabajo se desarrolla bajo condiciones directamente capitalistas, en tanto que está sometido a las exigencias del beneficio y la competencia mercantil –productividad, eficiencia y uniformidad de producto–. Las tasas de explotación y beneficio empujan aquí a la producción de mayores cantidades de valores de uso o mercancías por unidad de tiempo. La dominación abstracta y mediada sería la inherente a esta esfera, basada en la coacción indirecta y no en la coerción directa (Endnotes 2013, 4-5). Existiría además otra esfera, la IMM, necesaria para la reproducción de la totalidad social, pero cuyas actividades estarían solo *indirectamente* sometidas a la producción de valor. Esta no es, por tanto, una reminiscencia de otra formación histórica. La constituirían las actividades que no están *directamente* mediadas por el mercado, ni sometidas *directamente* a las exigencias del beneficio del capital, entre ellas, las reproductivas. Especialmente se encuentran aquí las tareas que requieren de una temporalidad absoluta –veinticuatro horas siete días– y que, por ello, no son subsumibles fácilmente bajo la lógica del capital, que tiende a la reducción de tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. En esta esfera tendrían lugar formas de dominación y sociabilidad diferentes a la dominación abstracta del capital, tales como la violencia física y simbólica, la dependencia personal directa, las jerarquías interpersonales, los vínculos solidarios, el apoyo desinteresado o la organización cooperativa (Endnotes 2013, 4-6).

La esfera IMM no se reduce al ámbito doméstico, ni al trabajo no asalariado. En ella se situarían tanto las actividades domésticas no asalariadas, como el trabajo asalariado público proveedor de prestaciones sociales. Ciertamente, en ciertos momentos, el Estado social capitalista organiza actividades de reproducción en forma de guarderías, residencias de ancianos, cuidado sanitario o comedores públicos. Aunque se sitúe fuera de la esfera DMM, este desempeño es trabajo asalariado porque se remunera mediante la forma social del valor, el salario, aunque no produzca valor y constituya fundamentalmente un coste colectivo para el capital, pues se sufraga con deducciones salariales del trabajo o en forma de impuestos (Endnotes 2013, 7). Y, por otra parte, también hay momentos en los que ciertas actividades reproductivas se realizan de forma asalariada en la esfera DMM mediante servicios mercantiles en escuelas, hospitales y residencias privadas o directamente domésticos. En síntesis, no todas las actividades reproductivas se realizan en el hogar de manera no asalariada.

El hecho de que la reproducción de la fuerza de trabajo se dé en la esfera DMM o en la IMM, de manera asalariada o no, tiene un efecto diferente en el valor (de cambio) de la fuerza de trabajo. La reproducción ampliada de capital

tiende al abaratamiento del valor de la fuerza de trabajo y de su familia<sup>6</sup>. La reducción de su coste es solo relativamente flexible, pero tiene límites insalvables, tanto biológicos como sociales (Brown 2012, 72; Marx 2021, 230). Uno de ellos es el antagonismo social, ya que al trabajo le interesa que su reproducción se realice en las mejores condiciones posibles (Endnotes, 2010, 3-4). En cualquier caso, la tendencia del capital al abaratamiento del valor de la fuerza de trabajo puede ocurrir mediante el deterioro de las prestaciones públicas, la contratación de trabajo de cuidado en condiciones de sobreexplotación, la producción en masa de bienes de subsistencia y, especialmente, mediante actividades domésticas no asalariadas (Creighton 1985, 185)<sup>7</sup>. Así, las actividades que se desarrollan bajo la forma salario incrementan tendencialmente el valor de la fuerza de trabajo y constituyen una deducción del plusvalor. Mientras que, las actividades no asalariadas de la esfera IMM, que normalmente han realizado las mujeres en el ámbito doméstico, no incrementan el valor de cambio de la fuerza de trabajo y no constituyen costes sociales del capital.

Endnotes identifica aquí la existencia de una *exterioridad* u otro del valor: la existencia de actividades de reproducción de la fuerza de trabajo que, por sus cualidades desde el punto de vista de la valorización, se desarrollan tendencialmente fuera de mediación del mercado (Endnotes 2012, 18). En el desarrollo del capitalismo, estas actividades se habrían desplazado a la esfera DMM y al ámbito estatal de la IMM durante sus años gloriosos del *welfarismo* para, en la actualidad, regresar de nuevo al espacio privado doméstico de la IMM. Es lo que Endnotes llama el proyecto de abyección, que se expresa en la actual tendencia a la privatización del trabajo reproductivo o a su aba-

6. Aunque si bien el capital presiona a la reducción del consumo individual del trabajador al mínimo (Brown 2012, 71-72), también tiende a una mercantilización extensiva que requiere de la realización del valor mediante la venta de nuevas mercancías.

7. Creighton (1985, 197-198) señala acertadamente que los motivos de la relegación de las actividades de crianza al ámbito privado personal de la familia no se reducen a que sea menos costoso para el capital, sino que tiene también relación con las cualidades y aptitudes que requiere la formación de la fuerza de trabajo. La historia del siglo XIX, con los intentos de institucionalizar la crianza fuera de la familia, habrían puesto de manifiesto que esta última resultaba finalmente mucho más «eficaz» y exitosa en la constitución de sujetos saludables tanto física como psíquicamente. No sería solo que las actividades reproductivas resultan más baratas cuando las realiza la familia, sino que dan mejores resultados, en tanto que, para la constitución funcional y equilibrada del sujeto se requiere además de disciplina afecto amoroso. La familia así, en la línea en la que lo plantean también los análisis de Adorno (1969) y Horkheimer (1969; 2003), contiene una dinámica dialéctica, pues se basa no solo en la autoridad y represión, sino también en la confianza y el amor desinteresado.

ratamiento con trabajo muy precarizado, cuya remuneración está por debajo del valor medio de la reproducción y es realizado principalmente en Europa por mujeres pobres migrantes. Estas actividades reproductivas habrían quedado en el capitalismo asociadas a la feminidad, en oposición a la masculinidad vinculada a la DMM. El género se constituye así a partir del «anclaje de un cierto grupo de individuos en una esfera específica de actividades sociales. El resultado de este proceso de anclaje es al mismo tiempo la reproducción continua de los dos géneros separados» (Endnotes 2012, 14). El binario sistema sexo-género, así como la asimetría relacional entre feminidad y masculinidad, se constituirían y reproducirían en la totalidad social capitalista por efecto de la asociación social de la mujer y el hombre a la esfera IMM y DMM respectivamente.

La diferenciación de estas esferas en Endnotes trata así de desarrollar la relación entre la reproducción la de la fuerza de trabajo y de la totalidad social a partir del punto ciego de la crítica de Marx para llegar a la cuestión del género. Mientras que el valor de uso de la fuerza de trabajo es su capacidad viva de trabajo –ser fuente de valor–, su valor (de cambio) expresa el coste mercantil de su reproducción –el tiempo medio socialmente necesario para producir sus medios de subsistencia– (Endnotes 2012, 3). No obstante, el hecho de que la mercancía fuerza de trabajo sea inseparable de su portador hace que su reproducción implique diferencias sustanciales respecto a otras mercancías. Existe aquí una tensión especial entre su valor y su valor de uso. Para que la fuerza de trabajo sea empleada productivamente no solo se requieren las mercancías que consume para su subsistencia, también son necesarias tareas de preparación como la cocina del alimento, el arreglo de atuendos y enseres, el empleo de los productos de higiene y limpieza, etc. Marx solo tuvo en cuenta el coste de su reproducción, esto es, «el valor de los medios de subsistencia necesarios para la conservación del poseedor de aquella» (Marx 2021, 229-230). No llegó a desplazar su análisis al ámbito no asalariado de la esfera IMM en el que, en su momento histórico, tenían lugar actividades reproductivas principalmente femeninas (Endnotes 2012, 3). Desde el punto de vista de la CEP, estas actividades serían mero trabajo muerto, no trabajo vivo productivo.

No obstante, la tesis de Endnotes es que muchas actividades reproductivas pasaron en la época dorada del capitalismo del trabajo femenino doméstico no asalariado a la esfera DMM y al trabajo asalariado estatal y, en la actualidad, estarían regresando a la esfera privada personal. Aquellas que son difícilmente subsumibles bajo la lógica de la productividad y la eficiencia, específicamente las vinculadas a la crianza y el cuidado de personas dependientes y enfermas, tenderían en la actualidad a desplazarse hacia el espacio

doméstico, donde se realizan de manera no remunerada o en condiciones salariales miserables, muy por debajo del valor medio de reproducción de la fuerza de trabajo (Endnotes, 2012, 17-18). En ello consistiría, de nuevo, el proceso de abyección.

En efecto, frecuentemente en la historia del capitalismo las mujeres se han ocupado de realizar las tareas de cuidado, limpieza o crianza en el marco doméstico. Pero, no siempre lo han hecho de manera no asalariada, ni eso ha supuesto siempre su exclusión del trabajo asalariado o la inexistencia de reparto de tareas con los hombres (Castien 2001, 242). Fue especialmente durante la época liberal en el marco de la familia burguesa, y en las familias de clase media durante capitalismo tardío, cuando muchas mujeres estuvieron recluidas en el hogar. Las mujeres burguesas, sin embargo, no se ocuparon directamente de las tareas del hogar. Por su parte, las mujeres proletarias asalariadas se ocupaban igualmente de las actividades reproductivas en el espacio doméstico. Ciertamente, las mujeres no siempre han estado excluidas del trabajo asalariado, ni tampoco de la condición de ciudadanía desde el siglo xx. Finalmente, tampoco las actividades de reproducción de la fuerza de trabajo han estado siempre excluidas de la esfera DMM o del trabajo asalariado, muestra de ello son las prestaciones públicas y la mercantilización de la preparación de alimentos, el cuidado, la crianza, la limpieza del hogar, etc. Por ello, resulta teórica y políticamente muy insuficiente reducir la reproducción de la fuerza de trabajo, sin mostrar su relación interna con la valorización, a una supuesta esfera reproductiva –doméstica, no asalariada y no mercantil– separada de la productiva.

Finalmente, una cuestión fundamental respecto del género en el capitalismo es que, hasta el siglo xx, las mujeres no han sido dueñas de su propia fuerza de trabajo, ni ciudadanas de plenos derechos políticos y civiles ante el Estado. Para las mujeres, la promesa de *emancipación burguesa* –frente a la dominación directa propia del feudalismo y el antiguo régimen– basada en la forma de «trabajo libre» y la condición «ciudadana» –en tanto que individuos formalmente libres e iguales ante el mercado y ante el Estado– no se hizo efectiva hasta el siglo xx, tal y como ocurrió a otros ritmos con esclavos, siervos, poblaciones indígenas, campesinos o, en definitiva, los no propietarios. Aunque trabajaran por un salario, las mujeres proletarias no eran trabajo *doblemente libre* en el sentido en que Marx lo expresa (2021, 808), porque para vender su fuerza de trabajo dependían jurídicamente del varón cabeza de familia. Solo eran libres como desposeídas de medios de vida propios, pero no como sujetos formalmente libres e iguales en el mercado. No estaban liberadas, por tanto, de relaciones de dependencia personal directa. En este sentido, las mujeres proletarias estuvieron sometidas a una doble dependencia:

del salario familiar por desposesión de medios de vida y del varón por desposesión de la libre compra-venta de su fuerza de trabajo (Vogel 1979, 12; Endnotes 2012, 11)<sup>8</sup>. Este hecho abocó a las mujeres a la dominación masculina personal y directa en el ámbito de la familia, amparada por las leyes matrimoniales, y las privó de ser *sujeto* en el sentido burgués en los ámbitos de la economía y la política. Marx señaló sobre este hecho que, para el sujeto varón de la sociedad burguesa, la mujer aparecía como objeto de propiedad, a semejanza de la mercancía (Brown 2015, 60). Además, estuvieron sometidas a condiciones deplorables en el mercado laboral o a la presión sindical para su exclusión (Wikander 2016, 60). No obstante, la inclusión masiva de la mujer en el mercado laboral y su acceso a la condición de plena ciudadanía no han supuesto el fin de la discriminación y la denostación de lo femenino, menos aún de la violencia física y simbólica hacia las mujeres. En tal sentido, parece complicado explicar la opresión de género en la actualidad como una reminiscencia del patriarcado precapitalista, que ha supuesto una desventaja histórica para las mujeres, susceptible de ser superada con el desarrollo del capitalismo. La opresión de género persiste en los ámbitos privado doméstico, mercantil y público en diferentes formas: violencia directa física y simbólica, discriminación estructural, juicios machistas, retribuciones desiguales, agresiones sexuales, etc.

#### 4. LA MUJER Y LA FEMINIDAD COMO LO OTRO DEL VALOR

La propuesta de Endnotes pone de manifiesto que las actividades reproductivas no se han realizado únicamente en el ámbito doméstico de manera no asalariada por mujeres. Ello indica que no hay nada esencial en el género femenino que lo relegue naturalmente a la realización de tareas reproductivas en el ámbito privado. Ni el sexo ni el género son categorías universales ni naturales. Sin embargo, señala también que, en marco de la reproducción de la totalidad social, las actividades necesarias de reproducción de la fuerza de trabajo que por sus características no son rentables según la lógica del capital se inclinan tendencialmente a la esfera IMM, especialmente en momentos de crisis de acumulación. Esa exterioridad del valor, vinculada sustancialmente

8. «La masa del sexo femenino sufre doblemente; por una parte, la mujer padece la dependencia económica y social del hombre, la cual se suaviza, pero no se elimina con la igualdad formal de derechos ante la ley. Por otra parte, la mujer sufre la dependencia económica en que se hallan las mujeres en general y las mujeres proletarias en particular, lo mismo que los hombres proletarios» (Vogel 1979, 7-8).

a la reproducción de la fuerza de trabajo y la población en general, ha estado tendencialmente a cargo de las mujeres en la historia del capitalismo, ha sido así asociada a los atributos de la feminidad y denostada respecto a la posición de la masculinidad y de los hombres. Los atributos de las actividades reproductivas –cuidado, crianza y limpieza del hogar– que han realizado tendencialmente mujeres han sido proyectados a la feminidad. Endnotes (2012, 14 y ss.) considera así que el género en el capitalismo resulta del anclaje diferenciado de ciertos grupos de individuos a cada una de las esferas IMM y DMM, tal y como se ha explicado. La masculinidad se conformaría en asociación con los atributos de la esfera DMM y la feminidad con los de la IMM, específicamente con las actividades no asalariadas realizadas en la esfera privada personal.

Pero, si bien la separación de estas esferas parece ser un requisito de la reproducción de la totalidad social capitalista, no lo es la asociación de estas con un binarismo sexual. El sistema sexo-género binario habría sido integrado y fortalecido en el capitalismo precisamente mediante la proyección social de los atributos diferenciados de la masculinidad y feminidad sobre los cuerpos según su anclaje respectivo en las esferas DMM y IMM. Esta asociación, que es una construcción socio-histórica, se manifiesta sin embargo como algo natural: la categoría mujer se asocia a lo femenino como expresión de un supuesto sexo hembra y la categoría hombre a la masculinidad como expresión de un supuesto sexo macho. No obstante, el género no es la expresión cultural de la naturaleza sexual. Tampoco el sexo existiría de manera natural o esencial para Endnotes, siguiendo a J. Butler (2007), pues se constituye socialmente como reverso del género. Ambos se conforman dialécticamente en un marco cultural y material dado.

La relación asimétrica entre los géneros a diferentes niveles en favor de la masculinidad se explicaría en el capitalismo porque la categoría mujer expresaría el coste que la reproducción biológica tiene para el capital. La feminidad, como expresión de los atributos asociados culturalmente con los cuerpos gestantes e inclinados a la crianza y el cuidado, representaría aquello que no es subsumible en la lógica de la valorización del valor, aunque es al mismo tiempo necesario para su existencia. Así, lo femenino llevaría según Endnotes (2012, 15) «la etiqueta del precio» del coste que implica la reproducción biológica de los seres humanos desde el punto de vista del capital. La carga de la reproducción biológica se asociaría con la categoría mujer en la medida en que mucho más excepcionalmente se han ocupado los hombres de la gestación y la inmediata crianza –pues los hombres transgénero han constituido una minoría hasta ahora–. La vinculación de la categoría cultural de mujer con las personas gestantes habría supuesto su relegación a la esfera IMM no

asalariada, esto es, a las actividades reproductivas en el espacio doméstico. La condición gestante y criadora constituiría además de una desventaja en el mercado laboral, un coste para el capital. Ello habría implicado que la mujer y la feminidad fueran denostadas frente a los hombres y la masculinidad, asociados estos a la lógica de la esfera DMM. En definitiva, las mujeres serían castigadas en el capitalismo por «tener género», esto es, porque la feminidad ha estado asociada a los atributos de la crianza y la reproducción biológica (Endnotes 2012, 12). De modo que la diferencia sexual se constituye y reproduce precisamente mediante la vinculación socio-cultural del significativo mujer con la esfera IMM y, dentro de ella, con el trabajo no asalariado. Esta relación habría supuesto además una desventaja en la incorporación de la mujer al mercado laboral, relegándola a peores condiciones salariales y laborales (Endnotes 2012, 12).

Siguiendo esta argumentación, Endnotes considera que el proceso de mercantilización intrínseco a la extensión de la lógica del capital, al extenderse también al género, estaría propiciando un proceso paralelo de desnaturalización de este último. El capitalismo contendría paradójicamente un movimiento de visibilización de que el género no tiene determinaciones biológicas –o hacia una despreocupación por ello–. El sistema sexo-género binario, que el propio capitalismo habría afianzado, se vería progresivamente desnaturalizado, en tanto que la mercantilización atraviesa también la sexualidad y el género. Este diagnóstico permitiría dar cuenta de la actual tendencia a aceptar la dimensión socio-cultural del sistema sexo-género, que acompaña el reclamo de derechos y reconocimiento de la pluralidad de expresiones sexuales y de género. No obstante, este diagnóstico no explica el incremento actual de posturas naturalizantes anti-feministas, homófobas, transfobas y machistas.

Por otra parte, cabe señalar que la desnaturalización del sistema sexo-género no deriva de suyo en una desnaturalización de las relaciones asimétricas entre la masculinidad y la feminidad y, menos aún, en una desnaturalización de la lógica del capital que trata abyectamente a las actividades reproductivas. En esta misma línea, uno de los desafíos de la propuesta de Endnotes sería explicar la persistencia de la violencia física y simbólica contra las mujeres, además de personas transgénero, no binarias y no heteronormativas. Que la asociación de lo femenino con la esfera IMM implique su desprecio simbólico y material por expresar el coste de la reproducción de la vida para el capital no explica por sí misma que las mujeres sean objeto sistemático de violencia física y simbólica. En definitiva, faltaría un desarrollo de las mediaciones que se dan entre la asociación de lo femenino con el precio de la reproducción para el capital y su ser objeto de agresión simbólica y física por parte de los hombres, tanto a nivel personal como institucional. Para ello, el

análisis de Endnotes debería desarrollar de manera más específica cómo se constituyen las cualidades de la feminidad en relación con la esfera IMM, no solo a nivel simbólico-cultural, sino también psíquico y conductual. Se trataría de detallar qué cualidades, actividades y comportamientos se consideran femeninos en el capitalismo, en qué sentido están relacionados únicamente con las actividades no asalariadas de la esfera IMM y en qué medida esta asociación se diferencia respecto de otras formaciones históricas. Habría que dar cuenta también del hecho de que hoy elementos tradicionalmente asociados a la feminidad estén integrados en modalidades de desempeño laboral y de comercialización de mercancías en ciertos sectores. El desafío de analizar las mediaciones entre estos diferentes planos –la escisión de lo femenino en términos de la totalidad social y el comportamiento concreto de los sujetos– se plantea también en la teoría de la escisión del valor de Scholz. Esta sugiere que el desarrollo de su teoría ha de incorporar un análisis de las disposiciones psicosociales en relación con el género a partir de un «instrumental psicoanalítico» (Scholz 2020,10).

La propuesta de Endnotes se reconoce deudora de los análisis de Scholz en la idea de que, en las sociedades capitalistas, para que exista el capital es necesario que exista algo otro del valor: para Endnotes son las actividades reproductivas no asalariadas de la IMM, lo tratado abyectamente por el capital, y, para Scholz sería lo escindido femenino de la forma-valor, igualmente las actividades de cuidado y crianza de temporalidad absoluta. Ciertamente, para Scholz (2018, 873), la forma-valor requiere elementos escindidos de su lógica, que no son presupuestos lógico-formales, ni tampoco meras contingencias arbitrarias. Dentro de lo escindido de la forma-valor estaría lo vinculado a las mujeres y la feminidad, además de lo asociado a la no-blanquitud y a lo semita. Lo escindido femenino estaría menospreciado frente al hombre y la masculinidad no solo en el plano simbólico-cultural, sino también en el material y en el psicosocial. El capitalismo tendría así un carácter patriarcal, en tanto que la lógica del capital prima los atributos de la virilidad competitiva al tiempo que presupone otra racionalidad, del cuidado afectivo, vinculada a la feminidad y a las mujeres, que desprecia y denosta.

##### 5. LO ESCINDIDO-FEMENINO COMO CONDICIÓN DE LA VIRIL FORMA-VALOR

La propuesta de Scholz es un intento de avanzar desde la crítica del valor hacia una crítica de la escisión del valor<sup>9</sup>. Esta última parte de los límites de la

9. La crítica del valor, de la que Kurz es uno de los exponentes más conocidos, fue desarrollada por el grupo *Krisis*, del cual se escindió el grupo *EXIT!*, precisamente porque

CEP para abordar formas de dominación –la opresión de género, el racismo y el antisemitismo– que no se corresponden con las de la forma-valor, pero que, sin embargo, están vinculadas a esta en la constitución de la totalidad social capitalista (Briales 2004, 165). La teoría de la escisión del valor se conformaría de este modo como una metateoría porque integra tanto las categorías que aprehenden la racionalidad del capital en el plano lógico-formal como también aquello que se produce como un afuera de esta racionalidad precisamente para hacerla posible, como «principio estructural general» o precondition de la totalidad social (Scholz 2021, 89)<sup>10</sup>. La escisión-valor es, en este sentido, una meta-estructura (Scholz 2000, 12). También, porque lo escindido sería inaprehensible desde la racionalidad moderna basada en el principio de la identidad, ya que no se deriva directamente de la lógica del trabajo abstracto, ni tampoco constituye una ratio propia. Sin embargo, es susceptible de ser aprehendida porque la lógica del valor presupone un ámbito de lo no lógico, de la no identidad. En él se incluyen a nivel material las actividades reproductivas realizadas por las mujeres, a nivel simbólico-cultural las cualidades asociadas a la feminidad y a nivel psíquico el comportamiento socialmente inculcado a los sujetos feminizados. La crítica de la escisión del valor trata de rebasar así, como metateoría, los límites de la crítica del valor, visibilizando las condiciones de posibilidad de la totalidad social capitalista que se conforman como su afuera (Scholz 2020, 89). Con ello pretende dar cuenta de formas de dominación, como el patriarcado, el racismo o el antisemitismo que, aunque no se derivan directamente de las categorías del movimiento autotético del valor, constituyen su posibilidad misma. La crítica de la escisión del valor pretende así aprehender la no-lógica que engloba tanto

el segundo siguió el camino de la teoría de la escisión del valor propuesta por Scholz. La crítica del valor entiende que en la obra de Marx se despliega una crítica categorial de la lógica del capital como trabajo abstracto que tiende a su incremento cualitativo, que instituye un modo civilizatorio. Para una síntesis de esta cuestión, cft. Catalina (2022).

10. «El conjunto de la relación social en el capitalismo, sin embargo, no está determinado sólo por el auto-movimiento fetichista del dinero y por el fin en sí mismo del trabajo abstracto. Por el contrario, existe una «disociación» sexualmente especificada, dialécticamente mediada por el valor. Lo disociado no es un simple «subsistema» de esta forma (como el comercio exterior, el sistema legal o incluso la política), sino que es esencial y constitutivo de la relación social total. Significa que no existe una «relación de derivación» lógica inmanente entre valor y disociación. La disociación es valor y el valor es disociación. Cada uno está contenido en el otro, sin que sean idénticos. Se trata de dos momentos centrales esenciales de una misma relación social, en sí mismos contradictorios y fragmentarios, que deben ser entendidos al mismo alto nivel de abstracción» (Scholz 2000, 10).

la racionalidad del capital como «el reverso oscuro del valor mismo» (Scholz 2020, 139).

A diferencia de Endnotes, Vogel o Brown, Scholz no desarrolla la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la totalidad social para pensar la opresión de género en el capitalismo. Ello se debe, probablemente, a la insistencia de la crítica del valor en que el trabajo asalariado no es el núcleo central de la dominación capitalista, sino el trabajo abstracto en sí mismo (Scholz 2000, 4-5). Scholz considera que la influencia del llamado *marxismo tradicional* ha incidido en que el feminismo marxista haya centrado su abordaje a la cuestión de género en la tensión entre capital y trabajo asalariado. Esta perspectiva obviaría, en su opinión, que el género es una «relación social constituyente» de la forma-valor o, dicho de otro modo, que la socialización del valor implica una forma de socialización de género, binaria y asimétrica entre la feminidad y la masculinidad (Scholz 2018, 867). No obstante, aquí se hace visible un problema de la crítica del valor: el trabajo abstracto como mediador social y lógica autotélica de valorización presupone la existencia de la mercancía fuerza de trabajo, de la capacidad viva para generar valor y, por ende, de la forma social del trabajo asalariado y del proletariado como clase desposeída. Una cosa sería el pertinente reproche de la crítica del valor a ciertos marxismos porque su posición política ha estado centrada en demandas de distribución de la riqueza social, reclamando la parte de la clase productiva, y no en la abolición misma de las categorías del capital, del trabajo abstracto y el proletariado. Y otra cosa es que el capital no presuponga la existencia del antagonismo de clase y del mecanismo de personificación de funciones económicas. Por lo tanto, atender a la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y de la totalidad social para abordar la cuestión del género no significa reducir el capital a la propiedad de medios de producción o a la desigual distribución de la riqueza. Precisamente, Endnotes aborda las relaciones de género en el capitalismo a partir de la tensión entre la reproducción necesaria de la fuerza de trabajo y de la totalidad social partiendo también del hecho de que el valor requiere de un otro. Ese otro lo constituyen las actividades reproductivas que son un mero coste para el capital. Scholz, con todo, se acerca a esta interpretación, puesto que lo escindido femenino coincide precisamente con las actividades reproductivas no subsumibles bajo la forma-valor<sup>11</sup>. Se podría decir que Scholz en definitiva extiende la cuestión de la reproducción más allá de la fuerza de trabajo a la población en su conjunto.

11. «Las actividades reproductivas «femeninas» tienen un carácter formalmente diferente en calidad y contenido del carácter del trabajo abstracto; por lo tanto, tampoco

Scholz misma dice que «la esfera que queda fuera del contexto de la forma económica pertenece al consumo, con las actividades previas y posteriores vinculadas a él; por lo tanto, el acceso a la forma «disociada» del valor debe buscarse en primer lugar aquí» (2000, 11). Es precisamente en la relación de consunción particular con el producto donde este estaría para Scholz «sustraído» de la forma-valor. Esto no quiere decir que el producto tenga una autonomía propia como valor de uso, pues tiene determinaciones en tanto que producido y circulado bajo la forma mercancía. Sus cualidades sensibles como producto capitalista están mediadas por la forma-valor y, por ello, no existe una relación de consunción inmediata con el producto, una relación orgánica y no-capitalista en el consumo individual con los bienes o servicios. Pero, en cualquier caso, lo que aquí se pretende señalar es que para Scholz en el consumo individual las mercancías salen del «contexto de la forma económica» y se sitúan en «una esfera de actividades de reproducción, que se cruzan con actividades, momentos y relaciones sólo parcialmente mediadas, o incluso a priori no mediadas con la forma de la mercancía» (Scholz 2020, 11). Esto es lo que Endnotes concibe como las actividades reproductivas femeninas en el ámbito doméstico o estatal, la esfera IMM. Scholz añade, no obstante, que lo escindido no se reduce solo al «consumo y preparación de bienes para uso comprados para consumo individual», sino que también integra elementos como la afectividad, el cuidado, el amor o el erotismo, entre otros (Scholz 2000, 11). Lo escindido femenino incluye así la dimensión material de las actividades asociadas a las mujeres, pero también los atributos simbólico-culturales y las disposiciones psicosociales de los sujetos<sup>12</sup>.

Más aún, Scholz (2000, 11) señala que «sólo en el consumo las mercancías se utilizan y disfrutan de una manera realmente material-sensible». Esta cuestión, a veces más inadvertida en la recepción de la crítica de la escisión, es

pueden ser simplemente subsumidas en el concepto de trabajo abstracto» (Scholz 2020, 15).

12. «En la modernidad patriarcal son delegadas a la mujer, es decir, se le asignan y proyectan en ella no sólo determinadas actividades [reproductivas], sino también sentimientos y cualidades (sensualidad, emotividad, debilidad de entendimiento y de carácter, etc.). El sujeto masculino de la ilustración que, como socialmente determinante representa, entre otros atributos, la fuerza para imponerse (en la competencia), el intelecto (respecto a las formas de reflexión capitalista), la fuerza de carácter (en la adaptación a las imposiciones capitalistas), y que así constituyó (inconscientemente), por ejemplo, el mecánico de precisión masculino disciplinado de la fase fordista en la fábrica, está él esencialmente estructurado sobre esta «disociación». En este sentido, la disociación-valor tiene también un lado cultural-simbólico y una dimensión psicosocial, que, en mi opinión, sólo pueden ser abordados con un instrumental psicoanalítico» (Scholz 2020, 10).

fundamental para comprender la relación entre lo escindido y la constitución misma de los atributos materiales, simbólicos y psíquicos de la feminidad. Lo escindido surge porque algunos rasgos de la dimensión concreta de elementos de la totalidad capitalista no pueden ser subsumidos bajo la forma-valor, porque no se pliegan a las determinaciones de la dimensión abstracta, de su lógica autotélica de incremento cuantitativo. Específicamente, lo escindido resulta así de los elementos sensibles que no pueden ser fácilmente subsumibles, por sus cualidades concretas, bajo la forma mercancía. Algunos de estos elementos serían los que en la modernidad capitalista se habrían proyectado a las mujeres y a la feminidad, en contraposición a la masculinidad y a los hombres asociados material, simbólica y psíquicamente con los atributos propios de la racionalidad de la valorización. Scholz lo expresa claramente:

    Mi tesis central sobre esta cuestión es la siguiente: la contradicción fundamental de la socialización del valor, entre materia (contenido, naturaleza) y forma (trabajo abstracto) está determinada por el género de manera específica. Todo contenido sensible que no se puede elevar a la forma de valor abstracta, pero que sin embargo permanece como una presuposición de la reproducción social, se delega en las mujeres (sensibilidad, emoción, etc.» (Scholz 2018, 872).

Las determinaciones que cada forma-valor impone al contenido concreto hacen que algunos elementos material-sensibles no puedan ser subsumidos en cualquier forma mercancía o definitivamente en ninguna.

Por ello, más allá de los problemas de Scholz para abordar el género desde la relación entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la totalidad social, la crítica de la escisión del valor constituye un desarrollo de la CEP. Si bien el sistema binario sexo-género y la opresión de género serían inaprehensibles únicamente desde las categorías del movimiento del trabajo abstracto, al mismo tiempo solo serían inteligibles, como lo escindido, desde la forma-valor. Y aquí la dialéctica entre el valor y su escisión no es sino una expresión de la tensión entre lo abstracto y lo concreto en la forma-valor, en tanto que categoría del movimiento del valor. Esta tensión es la misma que se da en la mercancía fuerza de trabajo entre su valor de uso y su valor (de cambio), en la medida en que sus portadores son inseparables de ella; su existencia requiere de algo más que medios de subsistencia mercantiles. Esto converge con el hecho de que para Scholz lo escindido no se reduce a lo que no puede ser subsumido en la forma-valor, sino a lo que además es necesario para su constitución. Es lo que el valor produce y reproduce necesariamente como su afuera.

La materialidad de las actividades reproductivas, las disposiciones psíquicas de los sujetos y los elementos simbólico-culturales que en la modernidad capitalista se han asociado a la categoría mujer integrarían lo escindido del valor en la medida en que se habrían constituido como su otro necesario. No se derivarían directamente de la lógica de la valorización, pero sí serían elementos fundamentales en la socialización del valor. De modo que la teoría de la escisión trata de captar la constitución misma del binario sistema sexo-género y de las relaciones asimétricas entre masculinidad y feminidad en relación con el capital<sup>13</sup>. Para Scholz, las cualidades que intervienen directamente en la lógica de la valorización —a nivel material, simbólico y psíquico— son las que en la modernidad se han asociado con el ámbito de la masculinidad y estarían encarnadas tendencialmente por hombres. De este modo, la crítica de la escisión tematiza el capitalismo como un «patriarcado productor de mercancías», que conforma en sí mismo «un modo civilizatorio completo» (Scholz 2000, 15). La *socialización del valor* no sería indiferente al género. Esto es, las formas sociales y modos de subjetivación propios de las sociedades capitalistas implicarían inexorablemente una asimetría relacional entre lo masculino y lo femenino, pese a sus transformaciones históricas y al hecho de que hombres y mujeres puedan encarnar indistintamente elementos de ambas categorías, especialmente en la actualidad, como se verá más adelante. Así, si Scholz habla de *patriarcado productor de mercancías* no es porque considere que la dominación patriarcal tradicional premoderna —abierta, inmediata y directa— sea una condición social del capitalismo o una reminiscencia integrada. Es más bien porque la racionalidad del movimiento autotético del trabajo abstracto instituye un principio de socialización y subjetivación viril que, al mismo tiempo, requiere para su funcionamiento lo escindido femenino, relegándolo a una posición de inferioridad. En palabras de Scholz (2000, 12): «Lo femenino disociado es, así, el Otro de la forma mercancía, como lo que es aparte; por otro lado, sin embargo, sigue siendo dependiente e infravalorado, precisamente porque es un momento disociado en el contexto de toda producción social».

Las actividades, símbolos y disposiciones psíquicas asociadas a la feminidad y la categoría mujer serían precisamente las que históricamente, en la

13. «El problema se puede llevar a la siguiente disyunción: si el trabajo abstracto y el valor pueden ser conceptualizados ya en su conjunto constituyente —y con ello en su núcleo esencial— como un principio masculino; o si otra vez ha de introducirse una jerarquía conceptual, en la que la distribución de los roles de género ha de ser remitida a un conjunto secundario, como un mero problema derivado y de concreción» (Scholz 2018, 870). La teoría de la escisión del valor se posiciona evidentemente en la primera opción.

constitución de la modernidad capitalista, han quedado escindidas de la lógica de la valorización. Son «el reverso oscuro del valor mismo» (Scholz 2021, 139). A partir de F. Haug, Scholz caracteriza lo masculino y lo femenino como dos racionalidades contrapuestas, una basada en la lógica del ahorro de tiempo y la otra en la del gasto: una basada en los principios racionales de productividad, eficiencia y rendimiento y la otra irreductible a ellos. Una basada en el beneficio y la competencia y la otra vinculada al afecto desinteresado, al cuidado y a la emocionalidad (Scholz 2020, 37). Sería precisamente la extensión de la socialización del valor como principio civilizador en la modernidad lo que habría acrecentado y consolidado la preponderancia simbólico-cultural, material y psíquica de la masculinidad frente a la feminidad (Scholz 2020, 32).

La masculinidad se constituiría en relación con los principios funcionales a la lógica de la valorización, tales como el rendimiento, la competencia, la productividad, la fortaleza, la decisión, el cálculo racional y estratégico o la eficacia. En su dimensión material, esta asociación se manifiesta en el hecho de que los sujetos masculinizados se habrían ocupado tendencialmente de trabajos relacionados con la producción y circulación de mercancías. En su dimensión psíquico-conductual, esta asociación se expresa en la primacía del comportamiento competitivo, agresivo, ambicioso-lucrativo y dominador, frente al compasivo, afectuoso y solícito. La socialización del valor en el patriarcado productor de mercancías habría reducido el sujeto racional y espiritual a la categoría hombre –blanco y propietario– mientras que las mujeres habrían sido consideradas como meros objetos «naturales», como cuerpos objetivables, que se comportan según los principios de la sumisión, la pasividad, la sensibilidad y la debilidad de carácter y entendimiento (Scholz 2000, 15-16).

Los elementos que no se adecúan a la dinámica de acumulación de capital, aunque sean necesarios para su reproducción, y han quedado identificados como lo femenino serían: el afecto desinteresado, el amor, el erotismo, el cuidado, la vulnerabilidad, la irracionalidad, el sacrificio, la caridad, el conformismo o la inestabilidad. Los comportamientos, símbolos y actividades atravesados por estos principios habrían sido expulsados en la modernidad hacia «áreas fuera de la lógica del valor» –del rendimiento, la competencia y la ganancia– por su dificultad para subsumirse a ella (Scholz 2000, 17). «El «amor», la ternura, la solicitud, el cuidado y el afecto no pueden, por tanto, organizarse según la lógica del ahorro de tiempo», puesto que «el «trabajo del hogar, lo sensual, lo emocional, lo no analítico, lo no unívoco, lo confuso, lo no claramente comprensible y localizable» no son inteligibles según la racionalidad lógico-formal o científica (2000, 19). La primacía de la lógica

del capital habría hecho que estos elementos hayan quedado relegados a una posición de inferioridad y, por medio de su identificación socio-histórica, también lo femenino y las mujeres.

«El valor y la disociación están pues en una relación dialéctica recíproca» (Scholz 2000, 5). El ámbito de lo escindido no sería lógicamente deducible de las categorías de la CEP, pero, al mismo tiempo, solo sería analíticamente identificable en relación con ella (Scholz 2018, 873). Uno de los problemas que se podrían identificar aquí es la conceptualización de la relación entre el valor y su escisión: las formaciones capitalistas serían para Scholz intrínsecamente patriarcales, pero al mismo tiempo esta condición no se deduce de la lógica del capital –que sería ciega al sexo–, ni tampoco se explica por la integración de una reminiscencia de otras formaciones históricas. Tampoco Scholz se plantea si las relaciones de género asimétricas constituyen una condición de posibilidad histórica para la reproducción de la totalidad social susceptible de ser superada. Scholz no plantea en estos términos el problema del género porque conceptualiza lo escindido, siguiendo aquí la dialéctica adorniana, como lo no deducible de, ni reductible a, la lógica de la identidad que hace inteligible al capital, así como a la ciencia y la política modernas. Pero, entonces resulta difícil comprender cómo lo escindido es también una condición de posibilidad del capital. En este punto, pese a lo señalado anteriormente, la teoría de la escisión parece reducir la forma-valor a su dimensión abstracta –a la mera lógica del valor como abstracción–, cuando la forma mercancía tiene también una dimensión concreta-sensible. Es curioso porque la propia Scholz considera la tensión entre lo abstracto y lo concreto como núcleo central de su teoría. Que ciertas actividades reproductivas asociadas tradicionalmente a la feminidad no puedan ser exitosamente subsumibles bajo la forma-valor no quiere decir que el capital, como movimiento de valor a través del cambio de forma mercancía, no contengan en sí una tensión entre su dimensión abstracta de valor y su dimensión concreta de valores de uso. Cabría entonces aclarar en qué sentido lo escindido femenino se puede captar si no es a partir desde las categorías de la CEP.

## 6. EL EMBRUTECIMIENTO DEL PATRIARCADO Y EL PROCESO DE ABYECCIÓN

La crítica de la escisión del valor asume el dinamismo de las relaciones de género en el capitalismo, sin que ello implique un detrimento de su carácter patriarcal. Por una parte, trata de dar cuenta de las profundas transformaciones que se han dado en el desarrollo del capitalismo respecto del binarismo sexo-género y de la tradicional asignación de roles de mujeres y hombres.

Pero, por otra parte, señala la persistencia de su carácter patriarcal. Fenómenos como la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral y su inclusión en la categoría de ciudadanía, su liberación del confinamiento doméstico, los cambios en el comportamiento de mujeres y hombres respecto de la feminidad y la masculinidad, la puesta en cuestión del binarismo sexo-género, la mercantilización de las actividades reproductivas o la feminización del trabajo: todos ellos no implicarían de suyo el final del carácter patriarcal del capitalismo, según Scholz.

El patriarcado productor de mercancías sería el resultado de la universalización de la forma mercancía que culmina en la sociedad burguesa, en la medida en que este fenómeno implicó el menosprecio de lo femenino, la domesticación de los cuerpos feminizados y su relegación a las actividades reproductivas. No obstante, este no habría adoptado siempre las mismas formas en el desarrollo del capitalismo. Se podría así identificar la existencia de una forma moderna y otra posmoderna del *patriarcado productor de mercancías*, en la medida en que en las últimas décadas el sistema sexo-género y las asignaciones de la masculinidad y la feminidad respecto de las categorías hombre y mujer han sufrido cambios fundamentales. Estos, sin embargo, no han implicado que lo femenino y la categoría mujer hayan dejado de constituir lo escindido, lo desdeñado y sometido (Scholz 2000, 5-6). En este sentido, la crítica de la escisión del valor seguiría siendo vigente, pese al socavamiento de los roles tradicionales de las mujeres y los hombres, ya que lo femenino seguiría estando denostado en todas sus dimensiones –material, simbólico-cultural y psicológico-comportamental (Scholz 2000, 21).

El moderno *patriarcado productor de mercancías* se habría consolidado en Europa a finales del siglo XVIII, cuando la mujer estaba confinada al espacio doméstico, excluida del trabajo asalariado y de los derechos ciudadanos, asociada a la «naturaleza», a la maternidad y al cuidado del hogar, considerada como objeto de posesión y reducida a mero cuerpo<sup>14</sup>. En la segunda mitad

14. Scholz señala que en la modernidad se conforma una dualidad de esferas –pública y privada– vinculada respectivamente a cada uno de los dos géneros en el binarismo moderno: masculinidad y feminidad respectivamente. La esfera pública se caracterizaría por los principios asociados a la esfera de la producción y circulación de mercancías, que se extendería también al ámbito de la ciencia y la política. Mientras que, por su parte, la esfera privada se habría constituido en relación con elementos escindidos de la lógica del valor vinculados a los principios que rigen las actividades reproductivas. Scholz equipara la esfera privada con el ámbito personal de la familia y la pública con el ámbito de la política institucional y del mercado capitalista. Scholz misma reconoce, en su libro *El sexo del capitalismo*, que esta distinción dicotómica de una esfera pública –económica y política– y otra privada –familiar– es problemática y reduccionista (Scholz 2000, 17).

del siglo XIX se consolida también la familia nuclear y, en su marco, el papel de la mujer como madre y esposa<sup>15</sup>. Esta escisión de lo femenino culminaría y se expandiría durante el capitalismo fordista (Scholz 2020, 231). En los años cincuenta del siglo XX, la «moderna relación de género con las correspondientes asignaciones sexuales» se hace extensible a la familia proletaria, generalizándose el modelo de familia nuclear burguesa al resto de clases sociales (Scholz 2000, 20). En este marco familiar se reproduce el «inconsciente social androcéntrico» mediante la represión de lo escindido femenino en el niño varón y la obstaculización de la identificación con la madre en la construcción del yo. Esta tendencia a la represión de lo femenino en el sujeto masculino seguiría vigente en la actualidad, incluso pese al hecho de que las mujeres se identifiquen cada vez más con elementos de la masculinidad o se comporten de acuerdo con sus principios (Scholz 2000, 18). La persistencia actual de modelos de socialización y subjetivación diferenciados según el binarismo femineidad/masculinidad, pese a que un mismo sujeto pueda estar atravesado indistintamente por ambos, se visibilizaría en el fortalecimiento de lo que Scholz denomina la *doble socialización* de las mujeres. Esta sería una expresión de la *doble carga* de la mujer, del hecho de que, incluso cuando estas se incorporan al mercado laboral, siguen siendo preeminentemente las encargadas del cuidado familiar (Scholz 2000, 18). La *doble socialización* no sería un fenómeno privativo del capitalismo neoliberal, pues ya se habría dado en otros momentos, especialmente en el seno de la familia proletaria. Pero, en la actualidad la *doble socialización* sería un fenómeno extendido y reforzado, vinculado a la incorporación masiva de la mujer al mercado laboral y las identidades flexibles propias del neoliberalismo que no por ello han perdido la marca de la especificación y jerarquización sexual (Scholz 2000, 6). La socialización de las mujeres de acuerdo con principios materiales, simbólicos y comportamentales tanto de la femineidad como de la masculinidad estaría vinculada con el proceso de *embrutecimiento del patriarcado* en la crisis actual del capitalismo. Paradójicamente, el socavamiento de las condiciones de acumulación de capital habría implicado una desvalorización más profunda de lo tradicionalmente asociado a lo femenino –como el amor desinteresado y el cuidado por la reproducción de la vida–. Esto se expresa en la actual crisis

---

Sería más preciso distinguir un ámbito privado mercantil, otro privado personal y otro público estatal. O, también en la línea de Endnotes, una esfera directamente mediada por el mercado de otra indirectamente mediada.

15. En este momento se despliegan también las limitaciones estatales del trabajo infantil y femenino, por la necesidad de una formación más especializadas de la futura fuerza de trabajo (Endnotes 2012, 16).

de reproducción social que conlleva la privatización del cuidado, el deterioro ecológico, el incremento de población sobrante o la proletarización de las clases medias, entre otras cosas.

Scholz, por tanto, reconoce que los fenómenos del capitalismo neoliberal habrían socavado los patrones tradicionales de subjetivación y socialización diferenciada según las categorías hombre y mujer, pero añade que esto no implicaría la desaparición del patriarcado, sino precisamente su embrutecimiento (Scholz 2000, 21). La globalización como efecto de la liberalización de mercados, la desregulación y el predominio de los mercados financieros, la transnacionalización del capital, la nueva división internacional del trabajo, los ajustes estructurales y recortes del gasto social, la crisis fiscal y el endeudamiento estatal masivo, la desregulación del mercado laboral, los procesos de empresarialización de sí, de externalización y subcontrata, el modelo de producción *just in time*, junto con la tecnologización e informatización de los procesos productivos, el aumento de las comunicaciones a nivel global y del consumo de masas, el incremento del desempleo estructural, el subempleo y la economía informal: todos estos procesos son, para la crítica de la escisión del valor, síntomas del colapso civilizatorio que supone la crisis terminal del capitalismo, esto es, la obsolescencia tendencial del trabajo abstracto (Kurz 2016). La crisis del capital no solo incrementa la tendencia fordista a la individualización y atomización social, también conduce a una nueva forma de patriarcado que se expresa en la actual crisis de cuidados y ecológica, así como en la proliferación de nuevos movimientos viriles autoritarios –racistas, machistas, chovinistas u homófonos–, que son agresivos contra lo que representa lo escindido.

El patriarcado capitalista en su fase posmoderna amenaza la propia reproducción de la vida humana. Lo escindido de la lógica del valor, que tradicionalmente había sido fundamental para el sostenimiento de la vida en relación dialéctica con las determinaciones del movimiento del capital, se haría ahora más visible y vulnerable. Sobre lo escindido recaería ahora no solo el peso del sostenimiento de la vida, sino también una amenaza cada vez más despiadada y violenta de exclusión. La crueldad se desplegaría paulatinamente sin cortapisas con lo asociado a la naturaleza y escindido de la lógica del ahorro del tiempo del capital como son los elementos asociados a la feminidad –lo emocional o irracional–, a la racionalidad no blanca –lo subdesarrollado o salvaje–, a lo infantil o discapacitado –lo vulnerable e improductivo– o a lo semita –como lo sobrecivilizado y parasitario– (Scholz, 2021).

La socialización basada en la competencia despiadada y el miedo a la exclusión social en el marco del darwinismo social neoliberal estaría auspiciando una puesta en valor de la masculinidad viril, vinculada ahora también a

mujeres profesionales y figuras de éxito con rasgos híbridos. Es precisamente la crisis del trabajo abstracto lo que para Scholz habría llevado a que el patriarcado se volviese mucho más salvaje en las últimas décadas. Su disminución a nivel global en los procesos productivos debido a la revolución de la microelectrónica y al desarrollo tecnológico habría vuelto materialmente obsoletos algunos rasgos de la masculinidad que, sin embargo, seguirían siendo hegemónicos a nivel cultural-simbólico, material y psíquico-social (Scholz 2020, 78). La idea es que la base patriarcal de la *socialización del valor* no desaparece, pero deviene más precaria. Por una parte, la feminidad y la masculinidad no pueden identificarse fijamente con mujeres y hombre (Scholz 2020, 75). Y, por otra parte, la masculinidad veía amenaza las condiciones materiales para su despliegue, lo que la conduciría a una reacción compensatoria y auto-afirmativa, canalizada a través de disposiciones agresivas y exclusivistas hacia chivos expiatorios conformados por poblaciones más vulnerables o minoritarias –minorías sexuales y de género, personas migrantes pobres o mujeres–.

El diagnóstico que hace Scholz sobre las transformaciones del sistema sexo-género y del embrutecimiento del patriarcado converge en algunos puntos con el desarrollado por Endnotes. Como se ha expuesto, este colectivo considera, por un lado, que la tendencia capitalista a la mercantilización conllevaría una desnaturalización del binario sistema sexo-género, visibilizando que es una construcción social susceptible de ser superada. Este fenómeno se expresaría en el reconocimiento y amparo de la diversidad sexual y de género. En esta línea, Scholz había diagnosticado el declive de las tradicionales asignaciones de roles de género femenino y masculino respecto a las categorías mujer y hombre, llegando incluso a señalar la importancia actual de un nuevo modelo monogénero, que integraría indistintamente elementos masculinos y femeninos más allá de la sexualidad. Pero, además, la crítica de la escisión del valor ofrece una explicación del incremento de la agresividad contra las personas feminizadas, homosexuales, transgénero y transexuales, como expresión del embrutecimiento del patriarcado. La preponderancia de los principios de la virilidad, la competencia, la indiferencia o la autoafirmación se incrementaría, volviéndose más agresiva, precisamente por la crisis de sus condiciones objetivas. Lo escindido constituiría en la actualidad no solo un objeto de desprecio, indiferencia o posesión, sino de violencia despiadada, como consecuencia de la crisis del capital y, por ende, de la masculinidad tradicional.

Por otra parte, la tesis del embrutecimiento del patriarcado converge en algunos puntos con lo que Endnotes tematiza como el proceso de abyección. La desnaturalización progresiva de las actividades reproductivas como

únicamente femeninas no resuelve lamentablemente otra tendencia: el problema de la reproducción de la vida, acuciante en la actual crisis del capitalismo. Los recortes sociales y el encarecimiento de las mercancías han supuesto que muchas actividades reproductivas retornen al ámbito personal no asalariado de la esfera IMM, tales como el cuidado de mayores, enfermos y personas dependientes, la crianza o la formación. La privatización de la reproducción se refiere a que el peso de su realización o sufragio recae de manera privada sobre las familias o los individuos aislados. En este marco, cuando el nivel adquisitivo familiar lo permite y el manteamiento del empleo de las mujeres profesionales lo requiere, las actividades reproductivas se *externalizan*, es decir, las realizan otras mujeres en condiciones laborales y salariales deplorables. Pasan así a la esfera DMM, bajo la forma social de trabajo asalariado, pero tendencialmente sin protección contractual y con una remuneración que está muy por debajo del valor medio de la reproducción de la fuerza de trabajo. Muchas actividades, como la formación y el cuidado, que pasan también a la esfera DMM, lo hacen a precios muy altos, siendo costeados únicamente para las familias con alto nivel adquisitivo. El Estado social en crisis, como expresión de la crisis de acumulación de capital, deja paulatinamente de hacerse cargo de actividades reproductivas, al mismo tiempo que se encarecen en la esfera DMM. El trabajo informal sobreexplotado y desprotegido, realizado en buena parte por mujeres migrantes pobres, está siendo una de las formas en las que las familias acomodadas a nivel global hacen frente a la reproducción. En el centro capitalista hoy buena parte de las mujeres están incorporadas al mercado laboral, por lo que las actividades reproductivas han dejado de ser su única ocupación y los medios de subsistencia ya no están solo remunerados por el salario familiar masculino. Esto quiere decir que, para la reproducción de la descendencia, se requiere tendencialmente el salario de al menos dos miembros adultos. Y también que las actividades reproductivas no remuneradas han de tener lugar en el tiempo libre del trabajo, en el llamado tiempo de ocio, o, si la capacidad adquisitiva lo permite, se *externalizan*. Las familias proletarias son las que más dificultades tienen para hacerse cargo de estas actividades. El proceso de abyección se refiere a este hecho: que las actividades reproductivas que resultan demasiado caras para el Estado o el capital en la actual crisis son desplazadas de nuevo a la esfera IMM no asalariada, al ámbito personal, o al trabajo informal sobreexplotado. Para Scholz, la crisis actual del capital, como crisis del trabajo abstracto, se expresa en un incremento del desempleo, el subempleo –trabajo temporal y parcial que no cubre el valor de la reproducción del trabajo– y la población sobrante. Tanto el trabajo como el cuidado suponen en la actualidad una carga para la reproducción de la totalidad social capitalista, al mismo tiempo

que constituyen condiciones de posibilidad de esta. El trabajo abstracto supone una necesidad en tanto que determinación para la acumulación, que ella misma hace obsoleta con el incremento del capital constante debido al aumento de productividad que exige la competencia. Y el cuidado lo es como ese otro necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, que la lógica del capital no puede subsumir. Aquí se expresa también el antagonismo de clase, en la medida en que los desposeídos pugnan para su reproducción o la mejora de sus condiciones, pese a su posible condición de sobrantes.

Para concluir, se podría decir que el desafío político que plantean las propuestas de Scholz y Endnotes reside en que, si bien la tendencia a la desnaturalización del binario sistema sexo-género es un avance en el que hay que incidir en pro de la autonomía personal –luchando por el reconocimiento de derechos y de la libre expresión de las identidades sexuales y de género no binarias, no heteronormativas, transexuales y transgénero–, por otra parte, ello no debe obviar que acontece a la par que la degradación de las condiciones de la reproducción de la vida y el incremento de la violencia contra la población más vulnerable. Lo que otorga al capitalismo actual un marcado carácter viril. La reproducción del capital actualmente degrada, proletariaza y obstaculiza con mayor crudeza la reproducción de la vida de la población desposeída de medios de vida propios en general, situando a cada vez más personas en la categoría de población sobrante. Este proceso estaría asociado además con la minusvaloración de las actividades, comportamientos y símbolos asociados tradicionalmente a la feminidad –como la racionalidad del cuidado, el amor y el afecto desinteresados, la compasión y la atención generosa–, al mismo tiempo que prima y auspicia el comportamiento, las actividades y los símbolos de la virilidad –competencia, razón instrumental, autoafirmación, agresividad, interés privativo o racionalidad del lucro–. La abolición por lo tanto del binario sistema sexo-género ha de articularse con la abolición del capital –del trabajo abstracto y del trabajo asalariado– como principio de socialización y subjetivación viril, que, además de producir población sobrante y precarizar la reproducción de la vida, auspicia la violencia contra las mujeres, las personas migrantes pobres y la diversidad sexual y de género. Igualmente, la organización de las luchas por la organización autónoma, consciente y colectiva del metabolismo social, desde y para superar el antagonismo social capitalista, habrían de integrar también el reconocimiento y la libre expresión de identidades sexuales y de género diversas. Pues, de lo que se trata en última instancia, es de la emancipación de la humanidad en su conjunto para la libre determinación colectiva de las relaciones de los seres humanos con la naturaleza y con los otros para procurarse la subsistencia y trascender el reino de la necesidad. La lucha contra la opresión de género no

puede esperar a la superación del capitalismo. La tensión que las une reside precisamente en que la lógica del capital obstaculiza, para buena parte de la población, la posibilidad de reproducir su vida –de manera digna, sostenible, autónoma y consciente– más allá de su función como mera fuerza de trabajo, eventualmente sustituible y superflua.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ADORNO, Theodor W. «El problema de la familia». En *Miscelánea I. Obra completa 20/1*, 305-312. Madrid: Trotta, 2015.
- ADORNO, Theodor W. *Escritos sociológicos I*, Madrid: Akal, 2004.
- ADORNO, Theodor W. y Max HORKHEIMER. «La familia». En *La sociedad. Lecciones de filosofía*, 130-148. Buenos Aires: Sur, 1969.
- ARRUZZA, Cinzia. «Reflexiones sobre el género. ¿Cuál es la relación entre el patriarcado y el capitalismo? Se reabre el debate». *Sin permiso*, 03/07/2016 (2016). Recuperado el 23 de enero de 2023, de <https://www.sinpermiso.info/textos/reflexiones-sobre-el-genero-cual-es-la-relacion-entre-el-patriarcado-y-el-capitalismo-se-reabre-el>.
- BEDMAR CEREIXO, Mireia. «Frente al feminismo y otros movimientos de época», *Contracultura*, 1 (2021): 91-116.
- BENÍTEZ ROMERO, Isabel. «Del feminismo marxista al feminismo de clase». En L. M. Sánchez Seseña, M. Sánchez Seseña, C. Sánchez Seseña (Eds.), *Dígaselo con Marx*, 76-85. Madrid: Ediciones GPS, 2018.
- BIELER, Andreas y Adam David MORTON. «Is Capitalism Structurally Indifferent to Gender?». *Environment and Planning*, Vol. 53, 7 (2021): 1749-1769. <https://doi.org/10.1177/0308518X211031572>
- BONEFELD, Werner. *Critical Theory and the Critique of Political Economy*. Londres: Bloomsbury, 2014.
- BRIALES, Álvaro. «Para una crítica de todos los trabajos. La teoría de la escisión del valor entre las críticas feministas del capitalismo». *Encrucijadas. Revista de ciencias sociales*, 7 (2014): 153-179.
- BROWN, Heather A. *Marx on Gender and Family. A critical Study*. Leiden-Boston: Brill, 2012.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- CASTIEN MAESTRO, Juan Ignacio. «Familia y reproducción del capitalismo». *Política y sociedad*, 36 (2001): 239-253.
- CATALINA, Cristina. «Roswitha Scholz: Capital y patriarcado. La escisión del valor». *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, 13 (2021): 627-646.
- CREIGHTON, Colin. «The Family and Capitalism in Marxist Theory». En Martin Shaw (Ed.), *Marxist Sociology Revisited*, 181-213. Londres: Palgrave Macmillan, 1985.

- DALLA COSTA, Mariarosa. *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. Madrid: Akal, 2009.
- DELPHY, Christine. «El enemigo principal». En *Por un feminismo materialista*, 11-28. Barcelona: Cuadernos inacabados, 1985 [1970].
- DINERSTEIN, Ana Cecilia. «El trabajo en transición. Crisis, subjetividad, reproducción social ampliada, re-espacialización y la sociología del trabajo». *Sociología del trabajo*, 91 (2017): 27-43.
- ENDNOTES. «Crisis in the Class Relation. Yes! There will be growth in the spring!». *Endnotes 2. Misery and the value form* (2010). Recuperado el 10 de junio de 2023, de: <https://endnotes.org.uk/articles/crisis-in-the-class-relation>
- ENDNOTES. «The logic of gender on the separation of spheres and the process of abjection». *Endnotes*, 3. *Gender, Race, Class and Other Misfortunes* (2013): 56-91. Recuperado el 10 de junio de 2023: <https://endnotes.org.uk/translations/endnotes-the-logic-of-gender>
- FARRIS, Sara R. «Social Reproduction, Surplus Populations and the Role of Migrant Women». *Viewpoint Magazine*, Issue 5: Social Reproduction (2015). Recuperado el 10 de junio de 2023: <https://viewpointmag.com/2015/11/01/social-reproduction-and-surplus-populations/>
- FERRAGINA, Emanuele. «The Political Economy of Family Policy Expansion. Fostering neoliberal capitalism or promoting gender equality supporting social reproduction?». *Review of International Political Economy*, vol. 26, Issue 6 (2019): 1238-1265. <https://doi.org/10.1080/09692290.2019.1627568>
- HARTMANN, Heidi. «The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Porogressive Union». En L. Nicholson (Ed.), *The Second Wave: A Reader in Feminist Theory*, Nueva York: Routledge, 1997 [1981].
- HEINRICH, Michael. *Crítica de la economía política*. Madrid: Guillermo Escolar, 2018.
- HILTON, Rodney. *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*. Barcelona: Crítica, 1988.
- HORKHEIMER, Max. «Autoridad y familia». En *Teoría crítica*, 76-150. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- JAGGAR, Alison M. *Feminist Politics and Human Nature*. Totowa: Rowman & Allenheld, 1983.
- KURZ, Robert. *El colapso de la modernización*. Buenos Aires: Marat, 2016.
- MARX, Karl. *El capital. Crítica de la economía política* (3 vols.). Madrid: Siglo XXI, 2017.
- MAU, Soren. *Mute Compulsion. A Marxist Theory of the Economic Power of Capital*. Londres: Verso.
- MEIKSINS-WOOD, Ellen. «Capitalism and Human Emancipation: Race, Gender and Democracy». En: *Democracy against Capitalism*, 264-283. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- POSTONE, Moishe. *Tiempo, trabajo y dominación social*. Madrid: Marcial Pons, 2006.
- RUBIN, Isaak. *Ensayos sobre teoría marxista del valor*. Córdoba: Pasado y presente, 1974 [1922].

- SCHOLZ, Roswitha. «El valor es el hombre. Tesis sobre socialización del valor y relación de género». *Sociología Histórica*, 9 (2018): 866-905.
- SCHOLZ, Roswitha. *Capital y patriarcado. La escisión del valor*. Santiago de Chile y Logroño: Ediciones Mimesis y Pepitas de Calabaza, 2021.
- SCHOLZ, Roswitha. *El sexo del capitalismo. Teorías feministas y metamorfosis posmoderna del patriarcado*. Extractos traducidos del portugués al castellano, del texto original en alemán *Das Geschlecht des Kapitalismus. Auszüge*, 2000. Recuperado el 2 de junio de 2023: [http://www.obeco-online.org/roswitha\\_scholz\\_es6.html](http://www.obeco-online.org/roswitha_scholz_es6.html)
- SECCOMBE, Wally. «El trabajo doméstico en el modo de producción capitalista». En J. Harrison, W. Seccombe, J. Gardiner, *El ama de casa bajo el capitalismo*, 47-90. Barcelona: Anagrama, 1975.
- SEMBLER, Camilo. «La familia en la teoría crítica: Dominación y utopía». *Stoa*, vol. 11, 22 (2020): 123-140.
- STAROSTA, Guido. *Marx's Capital, Method and Revolutionary Subjectivity*. Leiden-Boston: Brill, 2016.
- VOGEL, Lisa. «Marxism and Feminism». *Monthly Review*. 31, 2 (1979).
- WALBY, Sylvia. *Theorizing Patriarchy*. Cambridge: Blackwell, 1990.
- WIKANDER, Ulla. *De criada a empleada. Poder, sexo y división del trabajo (1789-1950)*. Madrid, Siglo XXI, 2016.
- WIKANDER, Ulla. *De criada a empleada. Poder, sexo y división del trabajo (1789-1950)*. Madrid: Siglo XXI, 2016.
- ZARETSKY, Eli. *Familia y vida personal en la sociedad capitalista*. Barcelona: Anagrama, 1978.